

abuela. No necesitamos de la separacion de cuerpos, toda vez que se ha verificado desde mucho tiempo, ni de la separacion de bienes, toda vez que os los habeis comido. Adios.

»ALIZA DE CHARMOY.»

Con la misma tinta escribió á Octavio lo siguiente:

«Decididamente vuestro amor trae desgracia. Vos casi habeis matado á Violeta y á mí me habeis desterrado. No os digo donde voy porque tampoco vendríaís.

»ALIZA.»

XXVI.

UNA EMBAJADA GALANTE DE OCTAVIO DE PARISIS.

Octavio, á semejanza de Gaston de Villeroy, se fastidiaba bastante aguardando su credencial de ministro plenipotenciario en Alemania, por mas que no se entusiasmase demasiado por la orilla derecha del Rhin.

Aguardando este nombramiento el jóven no se consumia en el orgullo engañado.

Uno de sus amigos, Guillermo de Montbrun, debia casarse con la señorita Lucila de Courthuys en la capilla del Senado.

Las esquelas de convite se imprimian. Al siguiente dia esta nueva debia estallar en todos los salones de Paris.

Como Octavio, Guillermo frecuentaba estos salones desde el mejor hasta el peor.

—Por qué vienes tan de mañana? preguntó á su amigo Octavio que se despertaba.

—Porque no hay un instante que perder. Me prometiste que estarias á mi lado en las cuestiones de honor y te despierto.

—Habla: se trata de un duelo?

—Sí, de un duelo á muerte: me caso.

Octavio se incorporó en la almohada.

—A qué viene este bromazo?

—He encontrado una mujer adorable; no te lo he dicho mas pronto, conociendo por tus instintos que me la hubieras robado. Y sin embargo, á Dios gracias, no es mujer que se deje robar. No puedes figurarte lo que es: es un ángel!

—Un ángel con cincuenta mil libras de renta? El pan es tan caro en la mesa!

—No hablemos de dinero.

—Tienes razon: es cosa que siempre se tiene y no se tiene.

—Querido, no vengo á hablarte de la nóvia ni del dote.

—A propósito: qué dirá aquella dama que entreví una vez bajo los árboles de la Valliere en Versalles? Iba muy velada, pero creo que era hermosa. Andaba como una reina y si despues ha cojeado como la señorita de la Valliere habrá sido porque se debió torcer un pié paseando contigo.

—Precisamente vine aquí para hablarte de ella.

—Es necesario entonces que yo la robe?

—No voy á pedirte este servicio. Pero, en fin, tú con frecuencia has sido mi amigo.

—Espícate, esfinge.

Guillermo de Montbrun se echó en un sillón.

—Hélo aquí. Soy adorado como todos los que van

á casarse; una muger no te ama sino cuando otra muger se le pone frente á frente. Esto es ya viejo.

—Oh! amigo mio! cuan desgraciado eres si te aman.

—No me hables de ello; ya lo sabes. Y bien, mi querido embajador en ciernes, es necesario que vayas en busca de la dama en cuestion, y que le arranques el amor de su alma.

—Es muy sencillo. Me dirijo á ella y la digo: «Señora, no ameis á mi amigo Guillermo, porque ha entregado su corazon á otra muger.» Y cuando la haya hablado la dama contestará: «Ya no le amo.» Esto se hace así siempre. Temes que dé de puñaladas á la blanca desposada?

—Lo temo todo; temo, sobre todo, que no se mate á si misma. Cuando una muger cae en la bestialidad de amar, es capaz de cometer las demás torpezas.

—Entonces obrarás mejor no diciéndola nada, hasta despues de la luna de miel.

—Oh! si no hubiese periódicos! Pero uno de estos dias leerá la noticia, y caerá sobre mí como una avalancha ó como un rayo. El amor que empieza es una gran cosa; pero el amor que acaba....

—He aquí porque vuelves á empezar.

—No riamos; esto es muy formal.

Guillermo de Montbrun se levantó y llevó á Octavio, siempre acostado, un paquete sellado con sus armas, que contenia unas cincuenta cartas, pálidos recuerdos ya sellados por la tumba.

—He aquí sus cartas. Tu irás á su casa; la encontrarás en ella á las dos. Su marido no vá á ella sino cuando ha salido de la Bolsa...

—Donde se siente feliz. Como se llama él, ó como se llama ella?

—Se llama la señora... la señora de Revilly.

—De veras? No la conozco; pero se dice que es hermosa.

—No frecuenta la sociedad. Se habia aprisionado en nuestro amor con una ventana abierta sobre el cielo. Ya lo sabes: las mugeres arreglan todo esto: Dios y el Diablo.

—Porque las mugeres son la obra de Dios y del Diablo. Pues bien: llevaré estas cartas á la señora de Revilly.

—Y naturalmente le pedirás las mias. Ya comprenderás que si al siguiente dia de mis bodas tuviese el capricho de enviarlas á mi muger, Lucila no me perdonaria el haber escrito á otra con tal elocuencia del corazon.

Parisis miró sorprendido á su amigo Montbrun.

—En verdad que estás precioso al inquietarte por semejantes bicocas. Tu muger te perdonará tanto mas facilmente cuanto mayor haya sido tu elocuencia. Pero en fin, tu quieres romper; rompamos.

Octavio consultó el reloj.

—Las diez. Hoy no tendré tiempo de ocuparme de mí mismo. Tengo que arreglar un desafio lo cual quiere decir que se llevará á cabo; debo hacer una

visita al ministro para probarle que no le guardo rencor; tengo que romper una cadena para un esclavo blanco que ya ha aceptado otra; he de mostrar un caballo nuevo, ó sea pasear en el Bosque de Bolonia; he de asistir á una comida oficial y á un baile en la embajada de Austria. En fin, á la media noche podré empezar mi jornada.

—Sé que eres un un sábio y que para tí cada grano de arena que cae del reloj de la vida es un grano de oro.

El señor de Montbrun se habia levantado.

—Adios: cuento en tí. Ya sabes cuanto es necesario decir á la dama. Háblale de mi dolor y de mis deudas.

—Si el hombre se casa para escapar á una querida que le fastidia y esto se pone en la cuenta de los acreedores. Queda tranquilo: soy un excelente abogado para las causas desesperadas. Sabes porqué?

—Porque te divierten.

—Porque estudio la muger.

—Y porque no se aprende á conocerla sino despues de haber metido el escalpelo en todos los corazones.

—Oh! no soy tan buen médico.

—Volveré por la respuesta á las seis.

—Sí, me encontrarás: es la hora en que me vestiré para ir á comer.

Los dos amigos se estrecharon la mano.

—No olvides que ella vive en el boulevard Hauss-

man. Recuerdas el otro día en que me pediste lumbré para encender el cigarro? Estábamos en su puerta cochera. Que el cielo te guíe!

—Sé feliz: vé á cojer las flores de naranjo.

A las dos el señor de Parisis bajaba á pié por el boulevard Haussman para desempeñar su mision; como un abogado que vá á defender una mala causa buscaba buenos argumentos.

—Aquí es donde vive la hermosa, dijo de pronto mirando un palacio de arquitectura demasiado complicada.

—La señora de Revilly? preguntó.

Se le hizo una seña afirmativa y subió la escalera. El portero habia hecho resonar dos veces el timbre para anunciar la visita de un caballero. Cuando era una muger solo lo hacia oír una vez.

Octavio, conoció por la escalera, que habia entrado en una buena casa.

Un lacayo preguntó por su nombre y volvió en seguida para decirle que pasase adelante.

Vióse algo contrariado al ver dos señoras en vez de una.

La cosa iba mal; aquel día lo era de recepcion. Aunque era muger de mundo, la señora de la casa no pudo disimular cierta sorpresa al ver que el Señor de Parisis entraba.

—No aguardaba vuestra amable visita, le dijo sonriendo con gracia.

—Dispensad, señora. Ha sido necesaria toda una

historieta que os contaré para autorizarme á mi mismo á presentarme ante vos sin haber tenido antes el honor de haberos sido presentado.

La señora que estaba de visita comprendió que no se contaria esta historia en su presencia. Despues de algunas profundas reflexiones sobre la lluvia y el buen tiempo, se levantó y salió sin que se hiciesen grandes esfuerzos para detenerla.

El señor de Parisis habia estudiado ya la señora de la casa. Era muy hermosa, en toda la expansion de la segunda juventud, que es quizá la verdadera.

—Señora, prosiguió Octavio con gravedad, podeis concederme algunos instantes y abrirme un paréntesis de cinco minutos en vuestras tres horas de recepcion?

—No respondo de nada, respondió la dama mucho mas sorprendida con esta pregunta que con la llegada de Octavio: pero os diré que tendreis todas las probabilidades de no ser interrumpido, pues las verdaderas visitas no empiezan sino hasta las cuatro y sobre todo al regreso del Bosque de Bolonia. Hablad, caballero.

—Pues bien, señora habeis leído novelas? habeis estado en la comedia? Si: no es cierto? Enhorabuena: figuraos que sois una heroína de novela ó un personaje de comedia. Es otra cosa la vida, sobre todo, la vida del corazon?

—No os comprendo bien, caballero.

—Me parece que os he visto en la primera repre-

sentacion de una comedia en que hay una niña que se ama, y una muger jóven que se ha amado. Febvre está muy enamorado de la muger; pero vá á casarse con la niña: es la ley del mundo.

La señora palideció.

Octavio calló un instante para ver lo que diria; pero ella guardó silencio.

—Ya recordareis, prosiguió Octavio, que Febvre tiene tanto miedo de sí mismo que elige un embajador para dar el supremo adios á su querida.

A estas últimas frases la señora se levantó esclamando:

—Se casa! lo habia adivinado! Hace ocho dias sentí una corazonada.

Y la señora cayó aterrada en su sillón.

El señor de Parisis se levantó á su vez para cogerle la mano.

—Se casa, señora. Pero os ama. Vivirá al lado de otra, pero vivirá en vuestro recuerdo. Que quereis! el mundo es así. He aquí porque el alma aspira siempre á otra pátria, lo cual prueba que el divorcio debe ser decretado. La señora parecia no escuchar.

—Pero caballero, esto es imposible: ha olvidado que todo se lo sacrificué hasta el honor y el honor de mi casa; pensad caballero que mi marido lo sabe todo y que me ha maldecido. No quiere volverme á ver. El escándalo no ha estallado, porque mi marido es un hombre, galante. Pero me ha desterrado de mi familia. Heme aquí sola! sola! sola!

La dama se levantó. Su palidez y desesperacion eran espantosas.

—No me queda mas que el desconsuelo; no me queda otro remedio que la muerte.

—Todo se arreglará, señora. El bien engendra el mal, como el mal engendra el bien.

—Ah! caballero, no me pago de frases, cuando una vez se me ha dicho: «te amaré en la vida y en la muerte.» He sufrido de un modo fatal esta pasion, porque vuestro amigo hubiese muerto, si yo no le hubiese amado. Si supieseis cuanto he resistido! como le ocultaba los sentimientos de mi alma! como cumplia yo mi deber! y ahora que he caido, como todas las mugeres que caen, es decir, haciendo un sacrificio, se irá alegremente, sin curar de mis lágrimas, á hacer la dicha de otra! no: yo no lo quiero. Primero habrá un escándalo; tanto peor! yo le demostraré que no se me trata cual una muñeca. Cuando oirá mis sollozos, no se atreverá á mojar la pluma para firmar mi sentencia de muerte. Pero acaso tiene corazon vuestro amigo? y yo que creia tanto en el!...

La dama dijo todo esto con un acento de pasion que hubo de conmover á Octavio.

—He aquí toda una muger, se dijo.

Lo cual no le impidió el coger las cartas y presentarlas á la Hermiona feroz.

—Estas son vuestras cartas, señora.

La jóven dió un brinco.

—Mis cartas! las cogió y las echó al fuego.

—Oh! no, dijo Parisis, arderian demasiado pronto. El sobre estaba ya ardiendo. Octavio las sacó de la lumbre.

—Y se imagina que le devolveré las suyas? no, caballero: primero arrancará mi corazón. Oh! si supieseis!....

La jóven cayó por tercera vez en su sillón. Estaba casi muerta; su corazón iba á romperse y buscó su pomito de esencias. El señor de Parisis lo cogió en la chimenea y se lo hizo respirar.

—Caballero, dijo, sin duda me encontrareis muy ridícula. Sé que no se permite á una mujer el tener corazón, pero en fin ya que sois su confesor lo cual es una indiscreción que no comprendo, por mas que os considero bien educado, sed también el mio. Ya comprendéis que no soy de aquellas que dan toda su vida por un capricho. Si dí tan profunda caída fué porque creía hallarle conmigo al fondo del abismo. Para mí la soledad es la muerte. Decídselo bien.

—Pero señora os queréis saturar del ideal sin poner los piés en la tierra. Pensad que si se casa es porque no tiene dinero.

—No tiene dinero! no se diría que yo me comí el suyo? A Dios gracias no se ha arruinado por mí. Nunca le hé costado mas que algun ramo de lilas.

—No lo dudo. Pero en fin no tiene dinero. El mal estaba ya hecho. Qué queréis que haga, él que es ambicioso y que lleva un buen nombre? Nobleza obliga.

—Sí, nobleza obliga á ser un hombre honrado. Qué importa que no tenga dinero si en cambio yo le tengo.

Octavio sonrió.

—Perdonad, señora, vos apreciáis demasiado á mi amigo para someterle á ese régimen y yo os estimo demasiado para atribuir vuestras frases á la cólera.

—Pero caballero, mi fortuna es mia. Es tan mia como de mi marido que está reñido á muerte conmigo. Ahora mismo acaba de partir para una de mis haciendas..... pero teneis razon: estoy loca y no sé lo que me digo. Vuestro amigo es un cobarde, pues si me amase no diría que no tiene dinero.

—Qué quereis! el hombre no es perfecto; os ha adorado y os ama aun, pero su mala suerte le arranca á su dicha. Es necesario perdonarle.

—Perdonarle! jamás! Decidle que venga: quiero hablarle.

—Sí, pero no quiere escucharos: le consta que hablaríais bien y que tendríais razon.

Octavio se dijo á sí propio:

—Y bien! he sido un mal abogado; pero la causa es desesperada. Solo me puedo batir en retirada.

É inclinándose hácia la señora añadió:

—Señora, aquí teneis vuestras cartas: queréis darme las de mi amigo?

—Caballero, no quiero mis cartas ni quiero devolver las suyas. Sus cartas son mias como las mias son de él.

—Es vuestra última palabra?

—Sí. Adios, caballero. Una frase mas: decidle que le ódio.

—Sabia, señora que me diriais esto; pero yo sé traducirlo.

Y acercandose á la jóven, prosiguió:

—Le odiais mucho, no es cierto; señora?

—Sí, dijo esta ocultando sus lágrimas.

Y volviendo á cobrar su dignidad, dijo.

—Me moriré, decid á Horacio.....

—Horacio! exclamó Parisis.

Se imaginó que aquella mujer tenia dos amantes y la contempló maravillado.

—Pero señora, no es Horacio quien me envia, dijo, sino Guillermo.

—Guillermo! qué Guillermo?

Octavio se preguntó si representaba la comedia.

—Veamos, le conoceis perfectamente: hablo de Guillermo de Montbrun.

La jóven soltó una carcajada.—Señor de Parisis, dijo, os equivocasteis de puerta; dirigios á otro lado.

—Acaso no sois la señora de Reville?

—No: soy la señora de Argicourt.

Ambos se rieron de este error en la comedia.

—Justamente, prosiguió la jóven, la señora de Reville estaba aquí cuando vos entrasteis.

—Era ella! He aquí, pues, porque cuando he preguntado al portero por la señora de Reville, me ha dicho que subiera.

—Sí, señor de Parisis, es mi mejor amiga; pero ya intentará consolarse.

—El amor consuela al amor.

—Tengó un consejo que daros; antes de decirla que su amante ya no la ama, decidla que vos la amais.

—Quedad tranquila, señora. Conozco que soy un mal diplomático. En lo sucesivo procuraré enmendarme.

Octavio y la señora de Argicourt se habian convertido en los mejores amigos del mundo. Se consideraba tan feliz al no perder á su amante que no le faltó mucho para echarse en brazos de Octavio.

Este adivinó tal movimiento.

—Ah! señora, dijo fingiendo una pasion súbita: aquí seria donde yo me podria enganar mas facilmente.

Mas un pensamiento formal agítaba el corazon de la señora de Argicourt inclinó al pecho su cabeza y tomó la actitud de una de esas hermosas arrepentidas que pinta con tanta elocuencia y sencillez la señorita de La Valliere en su carta á Mabilion.

En su rostro se habia derramado una espresion de profunda tristeza.

El señor de Parisis la miraba con sorpresa: se inclinó hácia ella y cogió su mano.

—Y yo que me creia tan feliz! dijo ella.

—No se os ama aun, señora?

La jóven irguió con energia su cabeza y separó su mano.

—Pero, caballero esto era un secreto entre dos y vos habeis venido á sorprenderlo. Todo há concluído. No me atreveré á ser feliz.

En el acento de aquella mujer habia el dolor y la cólera. Parcíale que al arrancar este secreto de su alma, Octavio habia arrancado todo el encanto de su amor. Aquella soledad de dos—pues el amor hasta en Paris es siempre una soledad entre dos—quedaba eternamente violada; la jóven creia que el señor de Paris estaria siempre allí con su sonrisa burlona presenciando aquel espectáculo y las escenas mas íntimas. Era el mismo diablo que habia arrojado una luz fatal en el secreto de su vida.

Y como la señora de Argicourt se hallaba entregada por completo á la emocion del momento, se abandonó como un niño á su dolor y su cólera.

Octavio estudiaba aquel carácter con una curiosidad siempre creciente.

—He aquí, se decia, una mujer hermosísima que hace bien todo lo que hace: estoy cierto que cuando está con su amante no se anda con tonterias.

Juzgó que era necesario echarla en otra corriente de ideas. Parecia que rogaba á Octavio que la dejara sola con su dolor; pero él consideraba indigno, el no consolar con toda su retórica á tan hermosa criatura.

Fuera de esto Octavio tenia conciencia de que sentia algo mas que la curiosidad.

—Como, señora, dijo, porqué un hombre bien educado há sorprendido por una ventana abierta que vos

os consolabais del matrimonio con el amor, vais á sentir esto? Há pasado ya el tiempo de las heroínas que lloran. Vos sois demasiado hermosa para verter lágrimas.

—Quizá tengais razon, dijo la señora de Argicourt recobrando su sonrisa. El amor me ha perdido; mas á fuerza de amor quiero elevar mi pasion hasta el heroismo. No se condena por completo á una muger cuando sufre los impulsos de su alma.

—Señora, no se condena á una muger cuando tiene vuestro admirable rostro. «Hermoso rostro, hermosa alma,» ha dicho Lamartine.

—Soy hermosa? en verdad que no lo sospechaba.

—Acaso él no os encuentra bella?

—Quizá, pero es un alma taciturna que me adora en silencio.

—Y como se llama ese feliz Horacio?

—Quereis averiguar todo mi secreto? Se llama....

La señora de Argicourt se interrumpió.

—Se llama el Amor.

—Y sois dichosa?

—Sí, muy dichosa.

Era la expresion de la alegria despues de los impulsos de la cólera y de los celos. Sus lábios se agitaban como dos rosas despues de la tempestad.

—Pues bien, ya que sois tan feliz, señora, es necesario que yo os dé un beso; esto me traerá dicha.

La señora de Argicourt no lo queria, pero Octavio la acercó á su corazon.

—Un beso de hermano, no es cierto? dijo ella echando hacia atrás su cabeza.

—Sí, el beso de Renato á su hermana.

La señora de Argicourt presentó su frente; mas el señor de Parisis descendió á sus lábios.

—Veo que no jugáis, dijo ella muy risueña.

Por mas sentimental que fuese aquella muger, era una de las mas lujuriosas criaturas que la Borgoña envía á Paris. Ya se sabe que la Borgoña dá las mas hermosas nodrizas y la sangre mas viva; es la sangre de sus viñedos. Asi es que los niños que crian maman las cepas.

El señor de Parisis seguia apoyando su corazon en la señora de Argicourt.

Era una muger de treinta años, que se habia casado con un noble de provincia, sin iniciativa, sin carácter, sin energia, uno de esos hombres como hay muchos, que han nacido para morir sin haber vivido, porque la hada Pasion no ha mecido su cuna.

La señora de Argicourt, hija de un propietario de viñedos con gran fortuna, se habia casado con el señor de Argicourt por su título de baron.

En la ciudad de Dijon...

La hermosa dijonesa habia querido deslumbrar á todo el mundo, con el brillo de su escudo. Desgraciadamente cogió un marido cuyos viñedos ya usados desde hacia tiempo no debian embriagar á nadie. He aquí porque hácia los treinta años la hermosa dijo-

nesa abrió su segundo tomo con un amante mas borroño que el primero. Con su marido, solo habia bebido un vino ordinario; con su amante bebió un vino mejor. Pero ella no habia probado aun el rancio.

El señor de Parisis le reveló en aquel abrazo de diez segundos que aun existia el vino de Clos-Vougeot y de Romané, lo cual hubo de embriagarla de repente.

El amante que ella adoraba solo era un Dios en su fantasia. El señor de Parisis que estaba cien codos mas alto que él por la belleza, el talento, la nobleza y por su astucia donjuanesca, le hizo perder en diez segundos la mitad de su prestigio. Existen magnetismos despóticos que encadenan á una muger y transtornan su alma. Se decia de Octavio: «Todo lo que él toca se convierte en fuego,» como se dice de el sol: «Todo lo que él toca se convierte en oro.» Y en efecto, cuando habia tocado una muger podia volar impunemente de sus brazos pero toda su vida guardaba su recuerdo. Esto consistia en que nadie cual él tenia mas fuerza en la gracia ni mas fuego en la pasion.

La señora de Argicourt estaba embriagada.

El veneno del amor, el mas sutil de todos los venenos, habia penetrado en su alma y en su sangre. Lo sufría sin prótestas como si sus brazos estuviesen encadenados entre rosas. Octavio inclinado sobre ella respiraba su aliento con adoracion y esparcía el suyo en sus ojos como para cegarla.

—Creo que sois el diablo, murmuró ella.

El timbre resonó una vez.

La jóven se desprendió á sus brazos y volvió su cabeza al espejo.

—Oh! Dios mio, dijo: me habeis despeinado!

Y huyó hacia su tocador.

Octavio no era hombre para quedarse pegado á la chimenea, y recibir una visita cualquiera. Por otra parte él no consideraba perdida la partida. Siguió á la señora de Argicourt que estaba ya en su tocador.

—Porque cerrais la puerta? le preguntó ella.

—Porque he entrado.

—Y porque habeis entrado?

—Porque yo tambien quiero arreglar mi peinado.

—Señor de Parisis, los dos estamos locos.

—Estoy loco, señora, porque os he visto.

La señora de Argicourt que se habia sentado en frente del tocador se levantó para recibir la visita; pero Octavio la detuvo.

—Ya sabeis que vuestros admirables cabellos están ahora tan desordenados como antes y que os han puesto aun mas bella.

La señora de Argicourt quiso salir; pero Octavio la cogió en sus brazos.

—Ved que se me aguarda, señor de Parisis, dijo.

—Y yo os aguardaba desde que existo, pues no he amado á otra que á vos.

Y despues de esta frase la dió un segundo beso.

—Esto es una tirania! hème aquí otra vez despeinada: voy á gritar.

—Pues yo os cierro la boca.

Y la dió un tercer beso.

—Oh! cuan desgraciada soy! he perdido la cabeza; quisiera pegaros.

Octavio sonreia mirando con pasion á la señora de Argicourt sin que por esto dejase de apoyarla á su pecho.

—Estoy desesperada. Si entramos juntos daremos un escándalo.

—Pues bien, me quedo aquí.

La señora de Argicourt quiso tomarlo á broma y dijo:

—Acaso estais en vuestra casa?

—El amor está siempre en la suya, señora.

Se puede matar de un golpe y con el ridículo á un amante en el corazon de su querida; sucede tambien que por medio de la comparacion se puede desmonetizar ó rebajar el valor de un enamorado. La señora de Argicourt se habia echado llena de pasion en brazos de su amante porque era un hombre que no era su esposo.

En aquel momento se veia frente á frente de aquel irresistible Parisis, del cual decian tan mal las mugeres y ella no pudo menos que medir y comparar su talla: Octavio sobrepujaba á Horacio con todas las superioridades, con su título de duque, con su altiva hermosura y con su irónico talento. Hasta en-

tonces habia llamado á su amante y segun el estilo dijónés su angel y su Dios; mas Parisis tenia algo del demonio. Sentia el infierno. Ella arriesgaba á ser condenada como todas las mugeres que buscan el paraíso.

Entretanto la persona que estaba de visita y que se fastidiaba al verse sola se colocó en el piano y tocó el vals de las Rosas.

—Bailemos el vals, dijo Octavio cogiendo á la señora de Argicourt por la cintura.

La persona que estaba de visita ejecutaba maravillosamente este vals que ha embriagado por espacio de cinco años á las pecadoras mas hermosas.

Y cuando resonó el postrer suspiro:

—Oh! Dios mio, dijo de pronto la señora de Argicourt; y mi visita!

—Oh! Dios mio, dijo de repente Octavio, y mi embajada!

XXVII.

EL VALS DE LAS ROSAS.

Octavio no habia descendido aun la escalera de la señora de Argicourt cuando pensó en la señora de Revilly.

Preguntóse como debia representar su papel; pero como era de aquellos que no creen sino en la inspiracion del momento, como no ignoraba que con frecuencia las baterias mejor situadas, pierden sus fuegos en un sitio, á la misma hora en que un accidente, una traicion, una cobardia, un acto de heroismo dá la plaza al enemigo, resolvió abordar, sin prévia reflexion, la amante abandonada.

Se presentó á su puerta. Habia vuelto despues de hacer su visita á la vecina, pero acababa tambien de salir.

Octavio se alegró tanto mas de esto, cuanto solo tenia cinco minutos que perder, para montar á caballo.

Llegó un poco tarde al Bosque, mas no por esto dejó de producir su efecto. El caballo que queria pre-